

Artículos	Página
Él es el Señor de Todo, pte 2	1
Obediencia	2
El Grito de Cristo Sufriente	3
Mefiboset	7
Fiesta del Pan sin Levadura	8
Nuestra Batalla Diaria	9
Reglas para el Auto-examen	10

Él es el Señor de Todo, pte. 2

H. A. Cameron

¿Acaba entonces la muerte con Su Señorío sobre el creyente? No, Él es Señor de los muertos. No el Señor meramente de sus cuerpos inanimados. Éstos vuelven al polvo, y ese polvo es precioso para Él y Él velará por él. Sin embargo, este no es el significado de que Él sea el Señor de los muertos. No significa que Él sea el Señor de la "materia insensible", sino que en Su presencia están los espíritus de los hombres justos hechos perfectos.

En una ocasión, los saduceos pensaron que habían presentado un argumento irrefutable al Señor en prueba de su enseñanza de que no existe tal cosa como el espíritu o la resurrección. Creían y enseñaban que los muertos no existían y yacían inconscientes en la tumba de la que nunca más saldrían. Pero a partir de una escritura, (muy improbable que sirviera al propósito según los pensamientos de los hombres), Él les demostró la verdad de la existencia consciente después de la muerte. En las palabras "Yo soy el Dios de Abraham, Isaac y Jacob", el uso del tiempo presente "Yo soy" en relación con hombres que habían estado muertos durante siglos, demostró que en ese mismo momento estaban vivos en Su presencia. Él no dijo "Yo era el Dios de Abraham", como si ahora no fueran entidades, ni tampoco diría o enseñaría que Él era el Dios de la materia insensible, como los saduceos enseñaban que era entonces el estado de Abraham, Isaac y Jacob; pues los saduceos no creían en el "espíritu", sino que, al igual que sus sucesores modernos, los aniquilacionistas (ya fueran adventistas, amaneceristas milenaristas, cristadelfianos, inmortalistas condicionales o durmientes del alma de cualquier secta), enseñaban que el cuerpo lo era todo. El Señor Jesús cita un versículo y de inmediato prueba que Dios no es el Dios de los muertos en el sentido saduceo -el no existente- sino el Dios de los vivos, porque todos viven para Él. En otras palabras, no hay

tal cosa como la cesación del ser o la existencia para el hombre, ya sea justo o injusto; todos existen tan verdaderamente como los llamados "vivos", a los ojos de Dios. "Todos viven para Él", porque Él es Dios.

Y ahora el Espíritu Santo atribuye este mismo atributo de deidad al Señor Jesús. "Tanto si vivimos como si morimos, del Señor somos. Él es el Señor tanto de los muertos como de los vivos". Esteban, el protomártir de la fe, muere diciendo: "Señor Jesús, recibe mi espíritu". Cuando hubo dicho esto se durmió, y hombres devotos lo llevaron a su sepultura. El cuerpo dormido es depositado en la tumba, pero el espíritu de Esteban está con los espíritus de los justos en la presencia de Dios. Algunos tesalonicenses se durmieron. Sus cuerpos están sepultados, pero están "con Jesús". Pablo recuerda a sus apenados familiares que Jesús murió y resucitó. Su cuerpo había estado en la tumba, Su alma en el Hades, la morada de los espíritus difuntos, pero Su alma no fue dejada en el Hades ni Su cuerpo vio corrupción. Ambos (cuerpo y alma) se reunieron en la resurrección. De la misma manera, dice Pablo, los que duermen en Jesús Dios los traerá con Él. Ellos están ahora con Jesús. En Su regreso Él los traerá con Él para ser investidos en sus cuerpos resucitados, y nosotros que estamos vivos seremos arrebatados con ellos para estar con Cristo; pero en el intervalo ellos están con el Señor. Él es su Señor, y ellos están en Su presencia en bienaventuranza consciente, aunque los llamemos muertos. Pablo mismo parte; está ausente del cuerpo, pero presente con el Señor. David, en cuanto a su cuerpo, se duerme y ve corrupción, pero él mismo está "en la casa del Señor". Asaf, que vio a los impíos después de la muerte "en lugares resbaladizos,

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

arrojados a la destrucción", dice: "Tú me guiarás con tu consejo y después me recibirás en la gloria".

Que Él es Señor de los justos que han muerto es evidente. ¿Qué hay de los injustos? "Todos viven para Él", es decir, para Dios, nos dice el Señor Jesús. Los espíritus de los antediluvianos, a quienes predicó Noé, están ahora en prisión. Los hombres de Sodoma sufren ahora la venganza del fuego eterno. Coré y todos los hombres que le pertenecen bajaron vivos al infierno. El rico cierra los ojos en la tierra y los abre en el infierno.

Pero está escrito: "Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios". Y de nuevo este atributo divino es también de Cristo, porque también en este aspecto todos los hombres honrarán al Hijo como honran al Padre. Porque está escrito: "Dios le ha dado un nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y de los que están en la tierra, y de los que están debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre."

Cuando Salomón era rey, había en su reino, además de sus leales súbditos, muchos que sólo le rendían obediencia fingida. Él era su Señor soberano, por supuesto, y debían inclinarse ante su autoridad, pero eran rebeldes de corazón. Tales eran, por ejemplo, Adonías, Abiatar, Joab y Simei, en los mismos dominios de Salomón. Le temían pero no le amaban, y continuaron siendo sus enemigos.

Jesús es Señor de todos. Para Sus leales, los santos, "Él es tu Señor y adóralo", no es un mandato difícil. Le honran con gusto como honran al Padre. "Tu pueblo estará dispuesto en el día de tu poder". Y si Él es Rey de los santos, ¿qué de los rebeldes? Los demonios creen y tiemblan. Y entre los perdidos de la raza de Adán, aunque no lo amen, ante la proclamación de Su Nombre incluso en su prisión, toda rodilla se doblará. En cada parte de ese vasto dominio llamado cielo, y tierra, y debajo de la tierra, ante el Nombre de Jesús, Su nombre terrenal como el despreciado y rechazado, ante ese mismo Nombre toda rodilla se doblará y confesará que Él es SEÑOR.

Él es Señor de todos: de judíos y gentiles; de vivos y muertos; de salvados y perdidos. En todas las cosas Él debe tener la preeminencia. Por creación, por providencia, por poder y por persecución, por derecho y título divinos, inherentes y adquiridos, Él es Señor de todo.

Obediencia

La anarquía es uno de los signos sobresalientes de los últimos días de esta dispensación. Es también una de las evidencias más graves de que el mundo se

está preparando para el advenimiento del Sin Ley. ¿No hay, incluso entre el pueblo del Señor hoy, una necesidad de una llamada de atención a la obediencia a Cristo, y la sumisión a la Palabra del Dios vivo? La obediencia no es un tema popular en nuestras conferencias, ni recuerdo muchos artículos sobre ella en nuestras revistas; pero las Escrituras, la portavoz de Dios, desde el principio hasta el fin subrayan su importancia y su carácter imperativo. Tal vez las palabras de Samuel a Saúl retratan la estimación de Dios de la obediencia más plenamente que cualquier otra cosa dada en otra parte: "¿Se complace el Señor tanto en los holocaustos y sacrificios como en obedecer la voz del Señor? He aquí que obedecer es mejor que los sacrificios, y prestar atención que la grosura de los carneros". Cuando recordamos la posición que ocupaban los sacrificios y las ofrendas en la economía judía, se nos ayuda a visualizar algo del valor que Dios concede a la obediencia. Antes de entrar en la tierra prometida, Moisés dijo a Israel: "He aquí, yo pongo hoy delante de vosotros una bendición y una maldición; una bendición, si obedecéis los mandamientos del Señor vuestro Dios. . y una maldición si no obedecéis" (Deuteronomio 11:26, 27). La lección se enfatiza desde el Génesis hasta el Apocalipsis; veamos algunas ilustraciones significativas de esta verdad.

Cuando Dios creó al hombre y a la mujer, y los colocó en el Jardín del Edén, como prueba de su sujeción y obediencia se les permitió comer del fruto de todos los árboles del Jardín, ¡excepto de uno! Lamentablemente fracasaron (aunque Adán no fue engañado), y como consecuencia perdieron su dominio sobre la tierra, las bestias, las aves y los peces, y fueron expulsados del Paraíso. Su desobediencia ocasionó la maldición.

Cuando Dios eligió a un hombre, según la carne, para ser el padre de la Simiente prometida, lo hizo porque sabía que Abraham "mandaría a sus hijos" y ellos "guardarían el camino del Señor." Dos grandes pruebas le fueron dadas a Abraham. Se le ordenó dejar su país, su parentela y la casa de su padre, para ir a una tierra desconocida; y más tarde ofrecer a Isaac, su hijo, su único hijo, a quien amaba, en el Monte Moriah. Abraham eligió el camino de la bendición, y en su Simiente han sido bendecidas todas las naciones de la tierra. ¿Por qué? "Porque", dijo Dios, "has obedecido Mi voz".

Cuando Israel fue redimido de Egipto, Dios se encontró con ellos en el desierto, en el Sinaí, donde fueron pronunciados los diez mandamientos. Ellos declararon precipitadamente: "Haremos todo lo que el Señor ha dicho". Sin embargo, a los pocos días, ¡habían quebrantado los cuatro primeros mandamientos en una desvergonzada idolatría! Por esta desobediencia perdieron su Sacerdocio (Éxodo 32), y Leví fue elegido en lugar de la nación. Cuando

Israel exigió un rey, Dios les dio a Saúl, "joven escogido y de buen parecer", pero Dios lo puso a prueba. A Saúl se le ordenó que hiriera a Amalec y destruyera todo lo que tenían, y que no perdonara. También él fracasó y perdió su reino; Samuel dijo: "porque la rebelión (palabra de Dios para desobediencia) es como pecado de hechicería, y la obstinación como iniquidad e idolatría".

Y así prueba tras prueba se le dio al antiguo pueblo de Dios, y salvo unas pocas excepciones sobresalientes, fracasaron una y otra vez. En el Salmo 81:8-16 tenemos el lamento de Dios sobre Israel: "¡Oh, si mi pueblo me hubiera escuchado, si Israel hubiera seguido mis caminos! Pronto habría sometido a sus enemigos. . . los habría alimentado con lo mejor del trigo". Por su desobediencia perdieron la victoria asegurada y el más selecto de los alimentos. Y ahora llegamos a Cristo, el Siervo perfecto de Jehová. Él también debe ser probado. Eligió el camino de la obediencia, aunque significara sufrimiento. De Él está escrito: "Cuando vino al mundo, dijo: Sacrificio y ofrenda no quisiste... he aquí que vengo... para hacer, oh Dios, tu voluntad". Y Él, y sólo Él, podía decir: "No hago nada por Mí mismo, pues como Mi Padre me ha enseñado, hablo estas cosas. . . pues hago siempre aquellas cosas que Le agradan". Y entonces, por fin, se aplica la prueba suprema, y leemos: "Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz". Por la obediencia de Uno muchos han sido hechos justos, y el dominio perdido por Adán ha sido recobrado (Romanos 5:19; Apocalipsis 5:5). El camino de la bendición es el mismo bajo la Gracia que bajo la Ley, es el Camino de la Obediencia. "Y Él (Cristo), hecho perfecto, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen"; "Dios. . . Dios manda ahora a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan"; "Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo"; "Pero no todos han obedecido al Evangelio", y por lo tanto están en el camino de la maldición hoy como antes; "Y cuál será el fin de los que no obedecen al Evangelio de Dios"; "El Señor Jesús se manifestará desde el cielo con sus poderosos ángeles, en llama de fuego, tomando venganza de los que no conocen a Dios y no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo" (Hebreos 5: 9; Hechos 17:30; 1 Juan 3:23; Romanos 10:16; 1 Pedro 4:7 y 2 Tesalonicenses 1:8, 9). La desobediencia es hoy como siempre el camino de la maldición.

¿Es sorprendente que Cristo aplique la misma prueba a Sus discípulos? "Si me amáis, guardad mis mandamientos". ¿Debe Cristo lamentarse por nosotros como Dios lo hizo por Israel? ¿Estamos eligiendo el camino de la bendición o el del castigo? ¿Resiste la prueba nuestro amor a nuestro Señor? ¿Estamos, por no mencionar otros mandamientos de Cristo, amando a nuestros hermanos, perdonando al que yerra en la confesión, dando testimonio a los que nos rodean,

llevando o enviando las buenas nuevas a los confines de la tierra? El Espíritu de Dios fue dado a los que le obedecieron (Hch 5,32), y sólo a los que continúan en el camino de la obediencia se da Él mismo; de ahí la exhortación: "No contristéis al Espíritu Santo de Dios". De los últimos mil años de la historia de este mundo leemos: "Y el reino y el dominio, y la grandeza del reino debajo de todo el cielo, serán dados al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán". La obediencia es ciertamente el camino de la bendición. La última bendición de la que se habla en el Libro de Dios se encuentra en su último capítulo, y dice: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho (RV. 'derecho de llegar'; versión marathi 'autoridad sobre') al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad" (Apocalipsis 22:14). Y así vemos que por la obediencia se ha recuperado todo lo perdido por la desobediencia: el Paraíso, el Reino, el Sacerdocio, la Justicia y el Dominio. Bien podemos clamar unidos: "A Aquel que nos amó (ama), y nos lavó de nuestros pecados con Su propia sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios y Su Padre; a Él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén".

El Grito de Cristo Sufriente

W. J. Hocking

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿por qué estás lejos de mi salvación, de las palabras de mi gemido? Dios mío, clamo de día, y no respondes; y de noche, y no hay descanso para mí; y tú eres santo, tú que habitas entre las alabanzas de Israel". Salmo 22:1-3)

En el Salmo 22 tenemos una de las muchas profecías del Antiguo Testamento que se refieren directamente a nuestro Señor Jesucristo. Ésta, sin embargo, se distingue de las demás porque predice hechos relativos a Sus sufrimientos únicos e insondables que no se encuentran en otras predicciones. Aquí los tenemos en toda su sencilla, solemne y patética dulzura de labios del propio Santo Sufriente.

Tres Destacados Salmos Mesiánicos

Muchos Salmos dan vislumbres del Ungido de Jehová que había de venir, pero tres de ellos destacan entre el resto por los vívidos detalles de Sus sufrimientos que dan a conocer de antemano. Además del Salmo 22, están el Salmo 69 y el Salmo 102. Los tres predicen con palabras de canto el asombroso camino de la Esperanza de Israel de la que se burlaban todos los que le veían y el Salvador de los hombres sin un lugar donde reclinar la cabeza. Cada uno de los tres Salmos presenta su propia fase particular de los sufrimientos

de Cristo, seguida de su secuela apropiada, pero el que toca más profundamente nuestro afecto y devoción es el Salmo 22.

El tema del Salmo 69 son los sufrimientos del Señor Jesucristo mientras soportaba impávido el oprobio de Jehová frente a los que le odiaban sin causa.

Altos y bajos eran Sus enemigos. Los que se sentaban en la puerta hablaban contra Él, y Él era la canción de los borrachos. "Sálvame, oh Dios", clamó, "porque las aguas han entrado en mi alma". Jehová escuchó y respondió, como muestra la última parte del Salmo. Dios traerá un justo y abrumador castigo sobre la impía generación que rechazó y crucificó a su Mesías. A los sufrimientos causados por la enemistad del hombre sigue el justo juicio de los que causaron esos sufrimientos.

El Salmo 22 tiene un marco diferente y su tema es único. Aquí, aunque los sufrimientos descritos son mucho más profundos y conmovedores, el resultado para el hombre no es judicial sino misericordioso. Ni una palabra se titula sobre la ira y el juicio para el hombre. De hecho, casi se podría decir que el Salmo xxii. es la aproximación más cercana en el Antiguo Testamento a la revelación de la gracia sobreabundante de Dios en el Nuevo. En lugar de rayos de ira de Dios cayendo sobre los que maltrataron al Mesías, el Salmo termina con alabanzas a Dios por parte de toda la humanidad. Los sufrimientos de Cristo producirán lo que el mundo entero nunca ha rendido a Dios: alabanza unida y universal. Ahora bien, hay alabanzas de unos pocos aquí y unos pocos allá; pero el Salmo contempla un tiempo en el que todo el mundo se regocijará en Dios y le dará lo que se debe a Su nombre, dándole, de hecho, lo que la lengua del hombre fue diseñada para rendir: alabanza inteligente y sincera. Y "en aquel día" todos los "linajes de las naciones" adorarán ante Jehová de Israel como consecuencia de los sufrimientos de Cristo que se exponen en el monólogo profético de este Salmo.

El Salmo 102 celebra también los sufrimientos de Cristo. Allí se presenta al Mesías en Su humillación entre y por los hombres y en Su invariable actitud de mansa y humilde sumisión a lo que fuera la voluntad de Dios. El Salmo se llama "la oración del afligido cuando se siente abrumado". En Su infinita grandeza, Cristo "se despojó a Sí mismo" y tomó obedientemente el lugar del pobre en un mundo de autosuficiencia y autoexaltación. Fue abandonado de los hombres, y dejado para llorar "como un gorrión solo en el terrado". En su angustia, el Mesías clamó: "¡Oh Dios mío!", deseando que no fuera arrebatado en medio de sus días. Entonces Jehová vindica a su Hijo sufriente y desterrado (vers. 24-27). Aunque se acortaran los días de su humillación, ¿no era Él el Creador de la tierra y de los cielos? Toda la creación perece, pero el Mesías permanece inmutable continuamente, el Mismo "ayer y

hoy y por los siglos". Así, la oración del afligido es respondida por un testigo divino de la gloria intrínseca de Su persona; y el pasaje se cita en Heb. i. 10-12 como testimonio culminante de la gloria del Hijo eterno, por Quien Dios habló a los hombres en los días del Nuevo Testamento.

Sufrimientos y Alabanzas

En el Salmo 22, sin embargo, los sufrimientos de Cristo proceden de Dios. El abandono por parte de Dios se expresa en las estrofas iniciales y proporciona la clave de todo el Salmo. La ferocidad de los hombres aparece como en otros Salmos, pero el abandono del Mesías de Israel por el Santo de Israel es, como debe ser necesariamente, el rasgo predominante de la profecía. Además, es el propio Santo Sufriente quien confiesa que ha sido abandonado por su Dios. El que lo sufrió lo describe. Él es, de hecho, el Orador a lo largo de este Salmo. Y así como registra Sus propios sufrimientos, así declara las alabanzas a Dios que siguen como su efecto. Aprendemos que una vez cumplida la propiciación o expiación, la tierra, a su debido tiempo, se llenará de alabanzas a Dios.

Recordarán cuán bellamente se describe esta combinación de propiciación y alabanza en Levítico 16 mediante la sangre y el incienso. Allí la gran obra de la expiación de Cristo se muestra en tipo. La sangre del becerro y del macho cabrío se lleva del atrio del tabernáculo al lugar santísimo y se rocía allí sobre y ante el propiciatorio. Aarón entra en el lugar santísimo donde la presencia de Jehová descansa entronizada sobre el propiciatorio con sangre e incienso. La aspersión de la sangre del sacrificio en la forma requerida va acompañada de los fragantes humos que se elevan del incienso ardiente y proporcionan un dulce olor a Aquel que está sentado entre los querubines. Así, el tipo ilustra cómo el incienso de alabanza está íntimamente asociado con la propiciación que Cristo hizo por nuestros pecados. Su obra expiatoria es la base permanente de la adoración del creyente ahora, y del homenaje de todos los hombres en el día y reino mileniales.

Como se nos recuerda, el Padre "busca" adoradores; y si somos creyentes en el Señor Jesucristo, hemos sido constituidos adoradores sobre la base de la obra propiciatoria del Señor Jesús, y el Padre busca que le adoremos como tenemos derecho a hacerlo. Entonces, ¿qué podemos ofrecer a Dios Padre que sea aceptable? ¿Traeremos alguna ofrenda material en nuestras manos? ¿Traeremos algo en nuestros corazones que surja de nuestros propios afectos y esfuerzos naturales? Seguramente sabes que no podemos encontrar nada en nosotros mismos que sea digno de Su aceptación.

¿Dónde, pues, encontraremos, como adoradores, lo que con seguridad es agradable a Dios Padre? Todo lo que concierne al Hijo, el Señor

Jesucristo, es agradable al Padre. Y si un tema concerniente a Él es más aceptable que otro, es el que se relaciona con Sus sufrimientos y muerte, por medio de los cuales "Dios fue glorificado en Él". Como adoradores, por lo tanto, necesitamos tener en nuestros corazones un sentido claro de la vasta obra de expiación realizada en la cruz cuando Él, el bendito Hijo de Dios, Quien no conoció pecado, fue "hecho pecado por nosotros" por Dios (2 Co. 5:21).

La Escritura se refiere a menudo a la expiación de Cristo con palabras fáciles que incluso un niño podría recitar, pero ¡cuán profundo e insondable es su significado! Sin embargo, debemos meditar en ellas continuamente, permitiendo que el Espíritu Santo desarrolle y amplíe su significado e implicación ante nuestros ojos, de modo que nuestros corazones puedan prorrumpir en cantos de alabanza más dignos al recordar que el Hijo de Dios, santo, perfecto y sin pecado, fue "hecho pecado por nosotros" por Dios en la cruz. No podemos entender completamente la profunda doctrina, ni necesitamos hacerlo para adorar a Dios. Pero cuando estamos ante Dios en "el más santo de todos" y recordamos que la muerte de Cristo es el Acontecimiento más notable en la historia del mundo y que algo fue hecho allí y entonces de valor inconmensurable y que no requiere repetición, entonces cantos de alabanza incontenible se hincharán dentro de nosotros. El incienso de la alabanza aceptable ascenderá hasta el trono eterno.

Tengamos bien presente que en este Salmo oímos las palabras de Cristo mismo dirigidas a Dios. La mayoría de nosotros estamos familiarizados con el amargo grito que forma el primer plano del Salmo y proporciona la nota clave de su tema dominante. Leemos: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". Aquí las patéticas palabras tienen un carácter profético. En los Evangelios se encuentran históricamente. Mateo y Marcos registran que el Señor las pronunció en la cruz. En las profundidades de Su angustia, el Señor usó las palabras, teniendo el más pleno sentido de su profundo significado y también el conocimiento de que las profecías del Salmo xxii. se estaban cumpliendo en Él mismo. En el momento oportuno había aparecido en el mundo para la expiación del pecado mediante el sacrificio de Sí mismo. En esta obra, el Bendito estaba solo, abandonado de Dios. Él mismo proclamó esta terrible experiencia para que quien quisiera escuchara: "Elí, Elí, ¿lama sabactani?". Como tantas veces, los que escucharon no entendieron Su discurso. Dijeron: "A ver si viene Elías a salvarle". Que este crucificado se dirigiera así a Dios en el cielo estaba más allá de su comprensión. El hecho es que ahí reside la verdad central de la propiciación que Cristo hizo por nuestros pecados y por el mundo entero.

Esta ocasión es, creo, la primera vez que leemos en los Evangelios que nuestro Señor utiliza las

palabras "Dios mío" al dirigirse a Él. El Hijo estaba constantemente en comunión con el Padre, escuchando Su palabra y cumpliendo Sus mandamientos. Al conversar con su Padre, leemos que respondió diciendo: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te ha agradado" (Mt. 11:25, 26).

Esta comunión del Hijo con el Padre fue ininterrumpida, no sólo durante su ministerio público, cuando predicaba el Evangelio a los pobres, curaba a los enfermos y realizaba sus multitudinarias obras de misericordia entre los hombres, sino también, como recordaréis, durante aquella solemne medianoche en Getsemaní. Allí estaba el Señor solo, separado de sus discípulos, postrado en tierra, y su sudor era como grandes gotas de sangre que caían hasta el suelo. Sin embargo, en esta agonía anticipada, el Bendito no estaba del todo solo. Como dijo a Sus discípulos aquella misma noche, "Me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo" (Juan 16:32). A lo largo de Su "fuerte clamor y lágrimas", la comunión con el Padre fue ininterrumpida. "Abba, Padre", clamó. "Oh Padre mío, si es posible...". "Padre mío, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya". Sabiendo plenamente lo que la voluntad del Padre había decretado para el día siguiente, el Hijo obediente consintió en Getsemaní como siempre había hecho. "La copa que mi Padre me ha dado, ¿no la beberé?".

Pero aquí el Señor habla desde la cruz. Ahora no es "Padre mío" como en el huerto, sino "Dios mío". Ha surgido la cuestión del pecado, y Dios, que es Juez de todos, es el nombre apropiado para dirigirse a él. Dios es el justo gobernador del mundo. Su naturaleza se opone al pecado, y Su esencia exige el castigo del pecado. No puede haber comunión entre la santidad y la impiedad, entre la luz y las tinieblas. Y allí, Aquel que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros. En la conciencia de cargar con el pecado, y de ser "hecho maldición por nosotros", exclamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

Así nuestro Señor en medio de Su sufrimiento por el pecado se confesó abandonado por Su Dios, pero aún así se dirigió a Él como "Mi Dios". Esta relación de Jesús subsistió desde Su más tierna infancia. En este mismo Salmo, declara: "Tú eres mi Dios desde el vientre de mi madre" (ver. 10). Desde el pesebre de Belén en adelante, Él, el Hombre perfecto y bendito, reconoció a Dios como Aquel a Quien obedecía y de Quien dependía. Pero aquí era un tiempo de oscuridad de mediodía, y había una diferencia inconmensurable. Su Dios, en quien confiaba, lo había abandonado, y ¿por qué?

Cristo había venido al mundo para tomar el lugar de los impíos e injustos bajo el juicio del Dios Justo y Santo. Él mismo era el Santo. "El Santo que

nacerá de ti será llamado Hijo de Dios", dijo el ángel a María (Lucas 1:35). Los mismos demonios de Cafarnaúm le dijeron: "Yo te conozco: el Santo de Dios". ¿Y qué acusación hizo Pedro contra los judíos después de Pentecostés? "Vosotros negasteis al Santo y al Justo" (Hechos 3:14). Era el hecho de que el Señor Jesús había sido presentado a Su pueblo como el Santo. Y cuando el apóstol se refirió a la resurrección de Jesús (Hechos 2:27), citando el Salmo 16:10, dijo: "Ni permitirás que tu Santo vea corrupción".

Pero aquí Cristo, el Santo, reconoce a su Dios como el Santo: "Oh Dios mío, clamo de día, pero Tú no oyes . . . pero Tú eres santo, oh Tú que habitas las alabanzas de Israel". ¿Cuál es la explicación? El Santo era el portador del pecado. El Justo estuvo en el lugar del injusto. "Él llevó nuestros pecados en Su propio cuerpo sobre el madero". ¡Oh, la más profunda de todas las profundidades! ¡Oh, el más profundo de todos los misterios desentrañados! El corazón humano se detiene en silencioso asombro ante el velo impenetrable que oculta para siempre la mirada mortal del Salvador en aquella hora terrible. Sólo uno estuvo allí en la oscuridad y en la sombra de la muerte. Sólo Él puede hablar de ello. Él ha hablado. Sus palabras están ante nosotros. "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

No podemos entender este grito de angustia arrancado del corazón de Cristo, ni comprender su significado. Aparte de su interpretación, sin embargo, poseemos la verdad y la bendición del hecho a través de la ministración del Espíritu Santo. Nuestra fe se aferra a esta conmovedora expresión del Cristo sufriente. Nos habla del precio pagado por nuestra redención. Mide para nosotros el valor del sacrificio hecho en la cruz por nuestros pecados y por la gloria de Dios con respecto a ellos. El Santo Cristo fue abandonado por el Santo Dios.

Por tanto, entre más meditamos en este gran clamor en la presencia del Señor de cuyos labios salió, más aprendemos de Su obra expiatoria. Entonces estaba donde nunca antes había estado: bajo el peso de nuestra culpa y de la ira de Dios contra ella. Durante Su vida de ministerio, no cargó con nuestros pecados, como algunos imaginan erróneamente. Fue en el madero donde llevó nuestros pecados en Su propio cuerpo, como nos dice Pedro. Allí sufrió por nosotros, por nuestro perdón, por nuestra redención, para que pudiéramos ser llevados a Dios, para que las bendiciones de Dios en toda su plenitud fluyeran sin obstáculos en nuestras almas.

Pero hay otro aspecto de la obra de expiación que nunca debemos olvidar. A causa del pecado del hombre, la gloria de Dios estaba en juego. El atributo eterno de justicia de Dios estaba en tela de juicio. ¿Era Dios el Santo que aborrecía el pecado, o el que favorecía el pecado y pasaba por alto su castigo? El Señor Jesús dio la respuesta en su persona, y en la cruz sostuvo la inmutable santidad de Dios. Allí declaró a los oídos del universo: "Tú eres santo, oh Tú que habitas las alabanzas de Israel", dando testimonio de esa santidad mediante la confesión de su propio abandono.

El Santo Sufriente había sido hecho pecado y fue abandonado, dejado solo a causa de ello. En su agonía,

Cristo llamó en voz alta a su Dios. "Dios mío, Dios mío", dijo. La repetición significa mucho: emoción profunda, necesidad apremiante. Cuando Abraham estaba ante el altar donde yacía Isaac atado, sosteniendo en alto el cuchillo para matar a su único hijo, el ángel de Jehová llamó: Abraham, Abraham. Dos veces el nombre del padre fue invocado desde el cielo. Era urgente que el patriarca escuchara. No debía perder ni un instante. Más urgente aún era el clamor del bendito Señor. Estaba en las profundidades de su angustia, sumergido bajo las olas de la ira divina contra el pecado; y el grito resonó en el desolado desierto: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

Estas son las palabras del amado Hijo de Dios, el Unigénito del Padre, Dios manifestado en carne. Meditémoslas y meditémoslas una y otra vez. Dejemos que penetren en lo más íntimo de nuestra alma. Esto purifica el espíritu e ilumina el corazón. Contemplamos nuevas visiones de la grandeza de la gracia de Dios, y nos gloriamos cada vez más en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Vemos cada vez más la luz y el amor de Dios en Aquel que permaneció solo en aquel terrible lugar de tinieblas y maldición. Y adoramos con más fervor a Aquel que amó y soportó hasta el final, sin perder nunca el contacto con su Dios, ni siquiera cuando fue abandonado por Él, llamándole "Mi Dios" en la confianza de que sería escuchado por su piedad (Hebreos 5:7).

Mefiboset

James Brown

Cuando pensamos en el hijo de Jonatán, Mefiboset, sospecho que muchos de nosotros nos limitamos a la historia de 2 Samuel 9 de la buena suerte de Mefiboset al ser perdonado por David según su juramento (1 Samuel 20) con Jonatán. Esta historia se ha utilizado a menudo para proclamar varios principios del evangelio: (1) su cojera de los pies sugiere la impotencia de un pecador para salvarse a sí mismo (2) su condena a muerte (como la de todo hijo de la raza de Adán - Romanos 5:12) en relación con la exigencia gabaonita de que siete de los descendientes de Saúl (2 Samuel 21:1-9) les fueran entregados y, lo que es más notable, (3) **el broche** de oro de esta historia de redención fusiona la misericordia de David al proteger a Mefiboset de una cierta petición de exterminio junto con su gracia al permitirle sentarse a su mesa por el resto de sus días y disfrutar de la posesión de las propiedades de Saúl y del cuidado de Siba por la tierra y por él personalmente. Pero la historia de Mefiboset no termina ahí.

Cuando el hijo de David, Absalón, se elevó a sí mismo con esas palabras: "Oh, si yo fuera hecho juez en la tierra..." (2 Samuel 15:4), se hace eco de la vil autoevaluación y la agenda de Lucifer señalada en Isaías 14:12-14, mientras que también socava el

legítimo gobierno y los juicios del rey, su propio padre. Además, deshonró a David fingiendo ejercicio espiritual en los versículos 7-12 de 2 Samuel 15, sino que envía espías mientras trama y luego ejecutó una rebelión a gran escala. Como resultado, David huyó de Jerusalén y permaneció allí en el exilio incluso durante algún tiempo después de la noticia de la muerte de Absalón.

Mientras David estaba en el exilio, recibió la visita de Siba, el criado de Mefiboset. El breve intercambio de palabras entre ellos que se recoge en 2 Samuel 16:1-4 prepara el terreno para un encuentro posterior entre David y Mefiboset que se registra en 2 Samuel 19:24-30 cuando David regresó a Jerusalén después de que la rebelión de su hijo contra él ha terminado. Note en 2 Samuel 16:1-2 cómo Siba ablandó a David con regalos. Salomón escribiría un día sobre un hombre así en Proverbios 29:4-5, pacificando proactivamente al receptor del regalo para cegarlo a una agenda engañosa. En el versículo 3, Siba lanzó una calumnia preconcebida contra Mefiboset, anticipándose a que David preguntara por él. Lo acusa de haber abandonado a David por completo. Astutamente citó a Mefiboset diciendo: "Hoy la casa de Israel me devolverá el reino de mi padre". La respuesta de David es desconcertante. Sin más preguntas, probablemente indignado por lo que percibió como la ingratitud traidora de Mefiboset, cedió a Siba toda la tierra que le había prometido a Mefiboset en 2 Samuel 9. Se puede suponer con bastante certeza que la reacción de David fue exactamente la que esperaba Siba. Aquí surgen dos grandes preguntas. ¿Había demostrado Siba en el pasado ser tan digno de confianza como para que David creyera tan fácilmente en su palabra? ¿Y estaba David tan lejos de conocer el carácter de Mefiboset como para estar dispuesto a anular su juramento con él sin sospechar que algo andaba mal con el informe calumnioso de Siba?

Avanzando en el tiempo, mientras David estaba en el exilio, Absalón fue asesinado (cap. 18) y la rebelión fue sofocada, lo que permitió a David regresar finalmente a Jerusalén. Con el telón de fondo de la traición de Siba a Mefiboset, tenemos el privilegio de ser testigos del hombre excepcional que era realmente Mefiboset. 2 Samuel 19:24-30 narra la maravillosa historia de un hombre redimido cuya devoción a su "redentor" es digna de mención. Se acercó a David con una apariencia desaliñada que sugería que se había sentido miserable todo el tiempo que David estuvo ausente, porque la verdad era, más que la mentira de Siba, que realmente amaba a David y anhelaba con tristeza su regreso como rey legítimo. Su humildad y gratitud en presencia de David son sinceras, reflejando muy de cerca su aceptación original de la benevolencia de David años antes, cuando se salvó de una muerte segura y se le dio todo lo que pertenecía a Saúl. David parece darse cuenta ahora de que Siba había tergiversado terriblemente a Mefiboset y que realmente

era el buen hombre que siempre supo que era. La respuesta de David: "¿Por qué hablas más de tus asuntos?" parece expresar que no necesitaba oír más pruebas de su inocencia, ni de la culpabilidad de Siba por calumnia. David estaba convencido. Como tal, la propuesta de dividir la propiedad 50/50 era probablemente la única solución sostenible que podía ofrecer, ya que David había prometido toda la suma de la propiedad de Saúl a ambos hombres en diferentes momentos, aunque, a uno honorablemente y de buena voluntad, al otro, precipitadamente, desprovisto de una investigación más justificada, y como víctima del engaño de su astuto benefactor.

Lo más notable de esta historia se ve en el v 30, que a pesar de la calumnia de Siba y la solución de compromiso de David, Mefiboset brilla de una manera que todo lector de este relato hace bien en tomar nota. Mefiboset tenía la promesa de David en su "arsenal legal", con derecho a exigirle la restitución total de la propiedad de Saúl. Pero optó por no hacerlo, tomando un terreno moral mucho más elevado. Lamentablemente, en el mundo de hoy, exigir los propios derechos está a la orden del día. En marcado contraste, observa cómo Mefiboset representa maravillosamente el espíritu de 1 Corintios 6:7-8, permitiéndose ser defraudado en lugar de insistir en la reivindicación. ¿Qué lo motivó a mostrar este tipo de mansedumbre? Estaba dispuesto a entregar toda la propiedad a Siba por una razón: David había regresado a Jerusalén y reinaba de nuevo como rey. Para Mefiboset, eso era lo único que importaba, no podía estar más contento. Señor, haz que, como Mefiboset, estemos dispuestos a despreciar todo lo que el mundo llama "tenerlo todo" para ganar a Cristo, mucho más grande que David. Puede que Mefiboset no haya exhibido nunca la fuerza física de Sansón, la destreza militar de David, la sabiduría de Salomón, la fe de Elías demostrada en logros milagrosos, ni la marcada tenacidad de Daniel para separarse de los caminos de Babilonia; sin embargo, difícilmente encontraríamos un hombre más humilde, agradecido y devoto a su rey que Mefiboset. Él, como muchos otros que no figuran en Hebreos 11, "el capítulo de la fe", es un héroe olvidado de la fe y digno de emular.

Lucas 12:15: "...La vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee".

Hebreos 11:26: Moisés "estimó las riquezas de Cristo mayores que los tesoros de Egipto".

Fiesta del Pan sin Levadura

(Levítico 23:6-8 Éxodo 12:8, Éxodo 13:1 - 10, 1 Corintios 5:7-8)

La primera fiesta, la Pascua, se celebraba el día catorce del primer mes. El día quince del mismo

mes se celebraba la fiesta de los panes sin levadura. La pascua se celebraba por primera vez en la tierra de Egipto la noche del éxodo masivo de los hijos de Israel de su cautiverio. La fiesta de los panes sin levadura debía durar siete días. Sin embargo, la primera fiesta de los panes sin levadura fue muy abreviada debido a la urgencia de abandonar Egipto.

La Pascua y la fiesta de los panes sin levadura estaban tan estrechamente relacionadas que Lucas, en su Evangelio, identifica la fiesta de los panes sin levadura con la Pascua. Lucas escribe: "Y se acercaba la fiesta de los panes sin levadura, que se llama la Pascua" (Lucas 22:1). Es importante observar también que las tres primeras fiestas debían celebrarse en tres días sucesivos. La pascua se celebraba el día catorce, la fiesta de los panes sin levadura el día quince y la fiesta de las primicias el día dieciséis y, todas ellas, en el primer mes.

Notaremos que estas tres fiestas resuenan verdades para que el creyente de hoy tome cuidadosa nota de ellas. El cordero del sacrificio de la pascua nos recuerda claramente la muerte de Cristo por los pecadores, y la redención provista a través del derramamiento de Su preciosa sangre. La fiesta de los panes sin levadura habla muy claramente del Espíritu Santo obrando en el creyente para que viva una vida santa. La fiesta de las primicias, el santo de Dios disfrutando de las ricas bendiciones que fluyen a ellos porque un redentor resucitado y glorificado vive para ellos en el cielo. Cuando el pecado levanta su fea cabeza en la vida del creyente, el gozo de la salvación se pierde, el canto de acción de gracias y adoración desaparece y se pierde un tiempo precioso.

La levadura en la Palabra de Dios habla del pecado. En la masa del pan impregna la masa. Del mismo modo, en la vida de un hijo de Dios actúa y propaga la corrupción. La primera mención de la levadura está en Génesis 19:3 donde Abraham preparó pan sin levadura como provisión para los visitantes que aparecieron en su tienda. Estos invitados observaron el pecado desenfrenado de Sodoma y Gomorra y fueron testigos de la conciencia cauterizada de un hombre que vejó su alma justa. Lot, que se sentó a las puertas de la maldad, estaba inmerso en la impiedad de la ciudad. Este pobre mundo se ha hundido en los pecados de Sodoma y Gomorra. Juan, viendo el grave peligro que había en las ciudades del mundo de Lot, exhortó a los jóvenes: "No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo" (Juan 2:15).

El apóstol Pablo repetirá lo que ya ha hecho. Nos ha llevado de nuevo a la Pascua, creemos que a Levítico 23:5, cuando escribió: "Cristo, nuestra Pascua, es sacrificado por nosotros" (1 Corintios 5:7). Ahora vuelve de nuevo a Levítico y escribe: "Celebremos la fiesta" (1 Corintios 5:8). Aquí la fiesta es la fiesta de los panes sin levadura de Levítico 23:6.

En un artículo anterior hemos hablado de 1 Corintios 5, pero sin duda merece la pena repetirlo. Aunque los creyentes a los que escribe conocían la verdad que Pedro estaba a punto de presentarles, les recordó: "Por tanto, no me olvidaré de recordaros siempre estas cosas, aunque ya las sabéis, y de afirmaros en la verdad presente" (2 Pedro 1:12).

En 1 Corintios 5:7-8, leemos acerca de la "vieja levadura", que en el contexto es el pecado moral que fue insidiosamente revivido en la vida de un hermano en la comunión de la asamblea de Corinto. Antes de la conversión, muchos de los idólatras corintios vivían vidas perversas e inmorales. Enumerando una serie de pecados (1 Corintios 6:9), les recuerda solemnemente "así eran algunos de vosotros" (v. 11). Existía el peligro para un creyente de que esos viejos pecados se activaran. Cuando el Espíritu Santo revela tal pecado, la asamblea debe "purgar, pues, la vieja levadura" (1 Corintios 5:7). Purgar significa "quitar, limpiar". Necesitamos que se nos recuerde una vez más que "la santidad es tu casa, Señor, para siempre" (Salmo 93:5). La "nueva masa" en 1 Corintios 5:7 es masa sin levadura. El pecador ha sido expulsado de la asamblea por un acto de disciplina de la asamblea.

"Por lo tanto" (1 Corintios 5:8) nos devuelve a la disciplina del v. 7. Las condiciones de santidad han sido restauradas. Las condiciones de santidad han sido restauradas. Pablo ahora puede escribir: "celebremos la fiesta" (v. 8). Tenga muy claro que "la fiesta" no es la Cena del Señor, a la que la Palabra de Dios nunca se refiere como una fiesta. Pablo escribe diez capítulos en 1 Corintios antes de tocar la Cena del Señor en el capítulo diez.

El apóstol volverá ahora a la fiesta de los panes sin levadura para aplicarla con fuerza a la vida del creyente. La vida antigua (v. 8) está saturada de "malicia", lo contrario del amor, la amargura de un espíritu que no perdona. La "maldad" es lo contrario de la pureza. En el contexto, una vida santa separada del pecado moral que había invadido la asamblea corintia. Pablo exige que cada creyente se vea obligado a vivir una vida ilustrada por la fiesta de los panes sin levadura saturada de "sinceridad y verdad" (v. 8).

Las obleas sin levadura a las que se refiere Levítico 2. El Padre en el cielo vio cada paso, cada palabra hablada y pronunciada por nuestro Señor y declaró Su perfecto placer en Su Hijo. Marcos, el siervo imperfecto, registra la declaración del cielo: "Tú eres mi Hijo amado, en quien tengo complacencia" (Marcos 1:11). Deberíamos cantar con espíritu de adoración las palabras de C.A. Wellesley.

Bendito Señor, nuestros corazones atesorarían
Todos los pensamientos del Padre sobre Ti.
Toda Su alegría, Su descanso, Su placer,
Todo su profundo deleite en Ti;
Señor, sólo Tu corazón puede medir

Lo que el Padre encontró en Ti:

¡Cómo debemos festejar a nuestro bendito Señor! Sólo Él es la manifestación perfecta de la fiesta de los panes sin levadura.

Se les recuerda a los Gálatas " Vosotros corráis bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad?" (Gálatas 5:7). En ese contexto se les recuerda "Un poco de levadura leuda toda la masa" (Gálatas 5:9). El propósito de la disciplina de asamblea exigida en 1 Corintios 5 era la restauración. Parece, sin embargo, que cuando un creyente se ha empapado del error doctrinal, la restauración es más difícil. Cuan discerniente y cuidadoso debe ser un creyente con respecto a los libros y material que leen y lo que ven y escuchan. Uno aconseja a los creyentes jóvenes que se rodeen de buen material de asamblea.

Nuestro Dios todo lo ve y todo lo oye. El Dios que habita en la eternidad es omnisciente. El escritor hebreo nos recuerda: "No hay criatura alguna que no se manifieste a sus ojos, sino que todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel con quien tenemos que ver" (Hebreos 4:13). En la preparación para la fiesta de los panes sin levadura se debía procurar quitar la levadura. En Éxodo 13:19 "no se hallará levadura en vuestras casas". Esto incluiría armarios y bolsillos. Pedro y Juan, cuando se preparaban para la pascua, buscaban levadura en todos los rincones del aposento alto.

No debía verse levadura en ninguna de sus habitaciones (Éxodo 13:7). Cualquier alma en Israel que comiera levadura durante los siete días de la fiesta sería cortada (Éxodo 12:15). Esto seguramente recordaría a nuestro santo Dios y Su odio al pecado. Pedro nos exhortaría solemnemente "Sed santos, porque yo soy santo" (1 Pedro 1:16). La santidad es exigida por Dios en las siguientes áreas de la vida de un creyente;

Corazón – Vida Personal

Samuel, mientras buscaba un futuro rey de Israel, se dejó impresionar por la apariencia física y la estatura. Dios descalificó a siete de los hijos de Isaí y le recordó a Samuel "el hombre mira la apariencia exterior, pero el Señor mira el corazón" (1 Samuel 16:6). Salomón expresa la misma verdad "El crisol es para la plata, y el horno para el oro; pero el Señor prueba los corazones" (Proverbios 17:3).

Santiad –Vida Espiritual

Este es un mundo moralmente malvado y corrupto que se hunde cada vez más en el profundo pozo de la maldad. Las verdades una vez respetadas por nuestros antepasados se han evaporado, Hermano, tu adoración al Partir el Pan no tiene el carácter de lo que solía ser. Los creyentes que escuchan lo detectan. Un hermano o hermana ejercitado clamará honestamente "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame

y conoce mis pensamientos: Y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame por el camino eterno" (Salmo 139:23-24).

Hábitos – Vida Moral

Seguramente habrás oído leer y hablar muchas veces de Romanos 12:2. ¿Realmente has considerado profundamente "No os conforméis a este mundo"? ¿No nos involucramos en muchas actividades de la vida y nos sumergimos en prácticas mundanas porque eso es lo que hace el mundo? El ministerio que exhorta a separarse de este mundo perverso ha desaparecido. El amor por los estadios deportivos y las salas de música nos consume. ¿Hemos olvidado que este mundo clavó a nuestro Señor rechazado en una cruz.

Armonía – Vida en la Asamblea

La raza y la religión dividen violentamente al mundo. La asamblea en la que el escritor confraterniza tiene creyentes blancos y negros, afortunadamente jóvenes y mayores, y aquellos cuyo trasfondo abarca diferentes culturas. Pero la gracia de Dios los ha unido. Son nuevas creaciones en Cristo Jesús. Qué hermoso es verlos trabajar juntos en armonía.

Salmo 133:1 "Mirad qué bueno y qué agradable es que los hermanos vivan unidos".

La fiesta de los panes sin levadura se cumple perfectamente en la morada de nuestro Señor durante el breve tiempo que permaneció en la tierra que Él creó. La fiesta también llama al creyente a vivir una vida santa, consagrada y separada aquí en anticipación de la gloria venidera.

Nuestra Batalla Diaria

Carlos Fariñas

"Amados, os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales."

1 Pedro 2:11

Toda la primera carta de Pedro es una llamada de ánimo a los creyentes para que permanezcan alegres e imperturbables a pesar de los sufrimientos y angustias que la vida les pueda deparar, sobre todo por el testimonio del Evangelio. En la cita citada, encontramos la súplica del Espíritu por medio de Pedro, que nos enseña varias cosas importantes para afrontar nuestras luchas cotidianas. En primer observamos que el Señor nos trata como a "sus amados", lo cual adquiere una enorme importancia si tenemos en cuenta las responsabilidades que se nos han confiado como ciudadanos del cielo, y las angustias que nos esperan al desempeñar tal confianza. En segundo lugar, vemos que, al hacernos

la llamada, se nos trata como "extranjeros y peregrinos"; podríamos decir que somos conocidos por el Señor como "Sus amados extranjeros y peregrinos". Los dos adjetivos utilizados al dirigirse a los amados son también importantes, pues en primer lugar se nos recuerda que "nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, el Señor Jesucristo" (Filipenses 3:20). Vivimos en esta tierra como extranjeros en ella; pertenecemos al cielo, como dijo el Señor mismo: "Vosotros no sois del mundo, como tampoco yo soy del mundo" (Jn 17:16). El patriarca Abraham nos dio un bello ejemplo de esta verdad en tiempos remotos para nosotros; consideremos lo que nos dice la carta a los Hebreos: "Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida, como en tierra ajena,.... porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios" (Hebreos 11:9a, 10). No sólo se nos dice que habitaba en su tierra como extranjero, pues estaba convencido de pertenecer a una tierra mejor, sino que lo hacía con el carácter de peregrino, es decir, de quien está de paso sin un lugar fijo aquí, pero caminando con la mirada fija en el lugar donde habita Dios. El apóstol Pablo también habla de esto: "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Colosenses:1:3).

Pero Pedro nos dice algo más de suma importancia, a saber, que tenemos una lucha diaria y encarnizada entre nuestras pasiones carnales y nuestra alma redimida. Pablo dijo a los creyentes gálatas la misma verdad: "Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis" (Gálatas 5:17). Habiendo dicho todo esto, podemos entonces entender lo que el Apóstol Pedro nos dice al principio; debemos poner toda la intención y determinación de no complacer nuestros deseos carnales, pero hermanos, esto no es fácil, la Palabra de Dios lo menciona como una batalla.

Pero no sólo tenemos de Pedro la declaración de este artículo; él dice mucho más en su preciosa carta. En cuanto al ministerio que se nos ha concedido, dice: "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 Pedro 2:9)". También cito literalmente, una porción que se explica por sí misma: "Pero aunque padezcáis algo por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no les tengáis miedo ni os turbéis, sino santificad al Señor Dios en vuestros corazones, y estad siempre preparados para defender con mansedumbre y reverencia a todo el que os pida razón de la esperanza que hay en vosotros, teniendo buena conciencia, para que queden avergonzados los que hablan mal de

vosotros como malhechores que calumnian vuestra buena conducta en Cristo. Porque más vale que padezcáis por hacer el bien, si Dios quiere, que por hacer el mal" (1Pe 3,14-17). Se nos advierte de que, si dejamos todas las cosas en manos del Señor, Él juzgará a su debido tiempo a esos enemigos por todos los ultrajes que perpetren contra los salvados (1Pe 4,5), y a continuación enumera una serie de ejercicios que nos serán útiles para ocuparnos de nuestro encargo terrenal y superar la ansiedad producida por los deseos carnales insatisfechos, como son el ejercicio genuino del amor ferviente de los unos por los otros; practicar la hospitalidad de forma amplia, y ocuparnos en el ejercicio de nuestros dones otorgados por el Espíritu Santo para gloria de Dios (vers. 8-11).

Así pues, amados de Dios, tenemos una lucha permanente desde fuera y a veces también desde dentro de nuestro propio corazón; por eso estamos obligados a aferrarnos al Señor y a tener siempre presentes sus propios sufrimientos por la verdad, para que nuestro ánimo no se canse hasta desfallecer.

Reglas para Auto-examen

Las siguientes doce reglas se registran como haber sido utilizado John Fletcher de hace más de un siglo. Fueron utilizados por él al final de cada día para el auto-examen.

1. ¿Me he despertado espiritualmente y he velado para que mi mente no divagara esta mañana?
2. ¿Me he acercado hoy más a Dios en la oración, o he dado paso a un espíritu perezoso y ocioso?
3. ¿Se ha debilitado mi fe por la vigilancia, o se ha avivado por la diligencia?
4. He andado por fe, y he visto a Dios en todas las cosas?
5. ¿Me he negado a mí mismo en todas las palabras y pensamientos desagradables? ¿Me he deleitado en ver preferidos a los demás?
6. He aprovechado mi tiempo al máximo, en la medida en que tenía luz, fuerza y oportunidad?
7. ¿He guardado los asuntos de mi corazón en los medios de gracia como para aprovecharme de ellos?
8. ¿Qué he hecho hoy por las almas y los cuerpos de los queridos santos de Dios?
9. ¿He puesto algo para complacerme a mí mismo, cuando podría haber ahorrado el dinero para la causa de Dios?
10. ¿He gobernado bien mi lengua en este día, recordando que en la multitud de palabras no falta el pecado?
11. ¿En cuántos casos me he negado a mí mismo en este día?
12. ¿Adornan mi vida y mi conversación el evangelio de Jesucristo?